

Regadíos y sostenibilidad

FRANCISCO AMARILLO DOBLADO / ANALISTA AGRARIO

EN nuestra cultura occidental, al menos, cada siglo acuña un lema que pretende resumir sus conquistas sociales. Así, por ejemplo, el siglo XVIII, de grandes obras hidráulicas por cierto, es “el de todo por el pueblo, pero sin el pueblo”, la verdad es que terminó en París con el pueblo asaltando la Bastilla e instaurándose la Revolución Francesa. El XIX es el siglo de “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, bandera de la Revolución Francesa impuesta a cañonazos en Europa por un general prefascista, coronado emperador con el nombre de Napoleón I. Y es en este siglo donde se desarrolla el concepto de lucha de clases, con aquello de “proletarios del mundo uníos”, que finalmente se culmina, ya en el XX, con la entronización del comunismo en buena parte de Europa y Asia. El siglo XXI, los siglos no comienzan cuando el calendario dice, ve la caída del Muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética y la transformación de China en potencia capitalista.

Pues bien, nuestro siglo XXI va a ser el de la sostenibilidad, que el siglo XXII sentenciará y pondrá en su sitio, tal como hicieron los siglos anteriores con sus respectivos lemas. Las lecciones de la Historia nos indican que la flexibilidad y falta de dogmatismo son imprescindibles en la aplicación de los nuevos conceptos.

La sostenibilidad como concepto nace en el ámbito de la logística de los recursos humanos al constatar la limitación de muchos de ellos, cundiendo la alarma con los potenciales disponibles de algunos, particularmente necesarios, como el carbón y el petróleo. En más o menos tiempo estos recursos se agotarán y harán “insostenible” nuestra civilización, por lo



tanto hay que buscar recursos que podamos generar para poder tener un desarrollo “sostenible”.

Pero nuestro siglo es también el del cambio climático y el de las preocupaciones ecológicas, y el primitivo concepto de sostenibilidad, casi puramente económico, se transforma en elemento básico de acción, pasando de la generación asegurada en el tiempo de unos recursos a la conservación de todos los recursos, y mantenimiento de los equilibrios de los ecosistemas. La sostenibilidad como concepto tiene ya dos dimensiones, la económica y la medioambiental. Si, por otro lado, el sujeto activo y pasivo de cualquier acción, de manera directa o indirecta es el hombre, la sostenibilidad tiene que tener también una dimensión social. Y cuando hablamos de sostenibilidad, lo estamos haciendo simultáneamente de lo económico, de lo social y de lo medioambiental, son

tres vértices de un triángulo que ha de ser viable, con lados lógicos y baricentro razonable.

Dentro de las actividades humanas de carácter productivo, las agrarias, sean agrícolas, ganaderas o forestales, pueden ser, y de hecho en muchos casos lo son, paradigmas de la sostenibilidad. Y lo que es más, muchas actividades agrarias han generado ecosistemas que posibilitan la sostenibilidad del mismo; así, por ejemplo, sin actividad ganadera el ecosistema dehesa dejaría de existir.

Las transformaciones en regadío han supuesto a lo largo de la Historia cambios muy profundos en los territorios donde se produjeron, mejorando los potenciales de sostenibilidad, al disminuir por un lado la dependencia climática y elevar por otro los niveles de biomasa. Y muchas de las obras hidráulicas que los viabilizan son la base de más de un “parque na-

tural” emblemático. Y esto no debe de ser óbice para reconocer que también se han cometido excesos y errores, que en la medida de lo posible deben de ser evitados o corregidos, pero a fecha de hoy el balance total es altamente positivo.

Pero sería absurdo ignorar el tiempo en que vivimos, tanto porque las cosas siempre se pueden hacer mejor como por puro pragmatismo. Actualmente, y es lógico que así sea, la preocupación mayor en países como el nuestro es garantizar una distribución priorizada del recurso agua, y dado el crecimiento de la demanda urbana y la alta sensibilidad social para asegurar determinados caudales ecológicos, la cantidad de agua disponible para los regadíos tiende a ser cada vez menor, a ello hay que añadir la climatología adversa de los últimos años, que ha obligado a muchas comunidades de regantes a disminuir drásticamente sus dotaciones. Todo ello nos conduce a que la sostenibilidad del regadío se basa principalmente en el ahorro de agua, por un lado, y en profundizar en la distribución, por otro.

En los últimos veinte años, pero con particular intensidad en la última década, el esfuerzo hecho por regantes y Administraciones ha sido muy grande, tanto en la mejora de las técnicas de riego, hoy en España el riego localizado supera ampliamente el 50% de la superficie regada, como en la mejora de las redes de distribución tanto primaria como secundaria. Y aun siendo mucho lo que queda por hacer, el esfuerzo realizado está dando sus frutos, habiendo pasado el agua destinada al regadío del 80% del total de agua consumida hace veinte años al 51% que representa en la actualidad.

Pero la sostenibilidad del regadío

no es sólo una cuestión de agua consumida, ni de cómo la aplicación de ésta posibilita una utilización de los insumos agrarios más acorde con el medio natural, sino que debemos buscar nuevas armonías que favorezcan la biodiversidad, tanto de la flora como de la fauna. A este respecto, la creación de una red de setos vivos con plantas autóctonas, en la medida de lo posible, en las zonas a modernizar, compatible con la mecanización más exigente, no sería una medida menor. Como tampoco lo sería la creación de charcas para las aves y propiciar, sin perder lógicamente su función principal, un sistema de balsas de regulación para regar más integrado con el medio en que se ubica. E igualmente se debiera contemplar la regeneración de zonas lacustres en la modernización de zonas amplias de regadío.

Si un recurso es vital y su disponibilidad en un territorio es muy dispar, y este es el caso del agua en España, parece razonable asegurar una correcta distribución que permita satisfacer las demandas del mismo. Así ocurre por ejemplo con la energía, cruzando redes eléctricas y gasoductos lo largo y ancho de nuestro país, o nuestro sistema de transporte con su red de autovías y ferrocarriles.



El agua no debiera tener una consideración diferente.

La semántica no ha sido generosa con la denominación de algunos términos referidos a la distribución del agua, y en particular con el de trasvase, singularmente denostado. Tampoco otros al uso derivados de ceder y recibir son los mejores a utilizar, mucho más adecuado resultaría el verbo comunicar, porque en esencia de esto se trata, y el agua discurrirá, unas veces en un sentido, otras en el contrario y a veces en ninguno. Y así debemos propiciar la comunicación entre las distintas cuencas fluviales, dando un paso fundamental en la optimización del recurso agua. Por supuesto que hay que hacerlo desde la sostenibilidad, tal como la entendemos

ahora, que seguramente será muy diferente de cómo se entienda en el siglo XXII.

El nudo gordiano es la cantidad de agua disponible a precios soportables y esta es una cuestión que depende casi exclusivamente del precio de la energía. Con una energía barata, la de fusión nuclear por ejemplo, cuya investigación está muy avanzada, tanto en China como en EEUU, la cantidad de agua disponible es prácticamente ilimitada; desalación, desalobración y la depuración de las aguas residuales de origen urbano podrían abastecer cualquier demanda creciente a precios razonables.

Aun a los precios actuales, la desalación juega un papel importante en nuestro Mediterráneo, con-

tribuyendo a paliar el déficit actual de agua de nuestra costa levantina, particularmente en lo que a demandas urbanas se refiere, pero desde el punto del regadío, salvo en cultivos bajo plástico o mezclada con aguas de otras procedencias, su viabilidad es muy dudosa. A pesar de las dificultades presentes, incluidas las muy importantes medioambientales, como las de conservación de la poseidonia, la sostenibilidad futura de los regadíos que utilicen exclusiva o en parte esta fuente debe de estar asegurada.

Seguramente nuestro siglo verá la evolución del concepto de sostenibilidad más en clave evolutiva que en clave conservativa, y los grandes retos a los que tiene la Humanidad que hacer frente, tales como el del hambre en algunas partes del mundo, podrían empezar a ser abordados con transformaciones profundas de muchos territorios. Por ejemplo, con una energía barata podríamos desalar agua del mar suficiente para regar el desierto del Sahara y acabar con la hambruna subsahariana. Bien, esto es la "sostenibilidad dinámica" que nos posibilita la transformación de unos ecosistemas en otros más beneficiosos, tanto para el hombre como para nuestro Planeta.